Un mundo de madera que quiere ser de hierro

William Gaddis arremete en *Gótico carpintero* contra el conservadurismo fanático, la economía despiadada, la codicia del capital y los intereses de la política. Una novela de ritmo sincopado construida con un despliegue de escenas magistrales

Gótico carpintero
William Gaddis
Traducción de Mariano Peyrou
Sexto Piso. Madrid, 2012
284 páginas. 21,90 euros

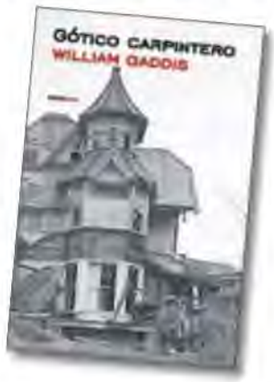
¡Despidan a esos desgraciados!
Jack Green
Traducción de Rubén Martín Giráldez
Alpha Decay. Barcelona, 2012
208 páginas. 15 euros

Por **José María Guelbenzu**

Casa en la que Grant Wood se inspiró para su obra *American Gothic* (1930). Foto: Mark Kegans / The New York Times / Cordon Press

ELIZABETH Y PAUL BOOTH son un matrimonio que acaba de alquilar una casa de estilo gótico carpintero a su propietario, McCandless, quien se ha reservado el derecho de entrar en la casa a conveniencia, pues en ella ha dejado numerosos papeles y objetos que ha de retirar. Paul es un especialista en comunicación que se ocupa de propagar la labor evangelizadora del reverendo Ude, un farsante que ha ahogado a un niño al bautizarlo. Paul decide convertir este suceso en un hecho milagroso para potenciar la obra del reverendo, cuyos tentáculos alcanzan al continente africano. Paul, un excombatiente, trabajó a las órdenes del padre de Elizabeth, un empresario que se suicidó y dejó la herencia en las manos tutelares del hijo mayor, Adolph, que regula el dinero a su hermana y al hermano menor, Billy, un alma perdida, lo que provoca el disgusto de todos ellos. McCandless es un hombre misterioso, geólogo, escritor al parecer, que estuvo relacionado con el descubrimiento de una mina de oro en África, descubrimiento que provoca turbias actuaciones colonialistas. Pero McCandless puede ser también un impostor y un mentiroso, quizá un agente de la CIA con material en su poder que otros desean y que desencadena un conflicto armado donde perecen un senador, también relacionado con el propio Paul y su campaña por el reverendo, y el joven Billy.

La trama es intrincada y lo es por partida doble. Por una parte, se debe a la propia escritura de Gaddis. La novela está construida casi exclusivamente con diálogos de frases rotas, simultáneas o yuxtapuestas que producen una sensación de velocidad, agobio y confusión. Son frases tan rotas como las vidas y los pensamientos de los personajes, como si los unos se quitasen las palabras de la boca a los otros, todo ello punteado por una presencia frenética del teléfono que no para de sonar. A su vez, las transiciones entre escenas se hacen sobre la marcha, sin referencia específica de tiempo y lugar (aunque el lugar es siempre el mismo: la casa; y el tiempo, los últimos días de Elizabeth); son transiciones hechas por medio de las voces mismas, lo que requiere una especial atención por parte del lector para no perderse en ellas. Por otra parte, la trama es intrincada debido a que solo sabemos de los hechos según acuden estos, fragmentados, a las discusiones de los personajes. Como es natural, al tratarse de conversaciones, los asuntos a los que se refieren los personajes son sabidos, no tienen por qué explicárselos previamente, por lo que es el lector el que ha de deducir a qué se están refiriendo en cada momento. El resultado, en cualquier caso, obliga a una lectura apasionante con momentos excelsos, como el de McCandless y Elizabeth (a la que él seduce) en la cama en una conversación interminable que sucede al mismo tiempo que los escarceos eróticos; una escena soberbia. Poco a poco el desarrollo de la trama va ampliándose de lo individual a lo colectivo y por ahí entra la vena satírica de Gaddis, que arremete con el creacionismo, el conservadurismo fanático, la economía despiadada, la codicia del capital y los intereses de la política, el colonialismo..., lo cual es pura actualidad. El gótico carpintero es un estilo copiado del victoriano, pero en madera en lugar de hierro y cemento; de lejos es llamativo; de cerca es un arrogante y fraudulento pastiche, como el mundo que se relata en la novela.



El libro de Jack Green, *¡Despidan a esos desgraciados!*, es el libro de un fan entusiasta de la literatura de Gaddis. Cuando apareció la obra maestra de Gaddis, *Los reconocimientos*, esta solo obtuvo —según Green— dos críticas acertadas y 53 pésimas. Casi ningún crítico fue capaz de ver la obra excepcional que tenía entre las manos. Green se aplica en demostrar con argumentos y citas textuales que los críticos, por lo general, nunca reconocen lo distinto sino lo manido; que no arriesgan nada fuera de la rutina y que se permiten, cuando no entienden, la arrogancia de desdeñar o incluso reírse de lo que no entienden. Green hace un recorrido exhaustivo y un tanto fanático, pero siempre divertido y esclarecedor, de ese ejercicio del poder dentro del mundo literario y clasifica los dislates y errores de los críticos en forma de lugares comunes o clichés. *Los reconocimientos* es una novela de la ambición y expresión formal del *Ulises* de Joyce, con quien se la ha comparado a menudo; fue publicada en España por Alfaguara y en este año verá de nuevo la luz en la editorial Sexto Piso. •

Abran paso al comemundos

Zona y otros poemas
Guillaume Apollinaire
Traducción de Xoán Abeleira
Bartleby. Madrid, 2012
240 páginas. 17 euros

El poeta asesinado
Guillaume Apollinaire
Traducción de Joan Edo
Barataria. Barcelona, 2012
142 páginas. 15 euros

Por **Ángel Rupérez**

QUISO INTERVENIR en la Primera Guerra y allí fue gravemente herido en la cabeza y regresó a París para seguir atizando la hoguera vanguardista hasta que murió a los 38 años, con algunos libros publicados, como *Alcoholes* y *Caligramas*, y otros inéditos, como *Poemas a Lou*, una de las mujeres a las que amó inútilmente. Puede decirse que Apollinaire fue uno de los grandes pioneros de las vanguardias, de cuyas novedades esenciales dio cuenta en sus escritos, tanto en verso como en prosa. Sin embargo, a diferencia del vanguardismo oficial, incluido el español, apenas hay en él sombra de banalidad en ningún momento ni de pescadilla que se muerde la cola sin cesar en el tiovivo de las novedades que nunca parecen tener fin aunque siempre sean monótonamente las mismas. Por el contrario, en él permaneció siempre la raíz simbolista de sus admiraciones juveniles y de ella proceden sus anhelos líricos, absolutamente asombrosos en un hombre que parecía querer retorcer a toda costa el cuello a la hidra romántica, siempre dispuesta a reaparecer en cualquier momento, siempre ubicua y ave fénix sin cesar.

Sus poemas, de los que se ofrece una excelente versión en *Zona y otros poemas*, ofrecen una simbiosis casi perfecta de ultramodernidad y respeto a los derechos de ese sujeto sensitivo que cuajó admirablemente en la época simbolista, después de la seminal lección de Baudelaire, el primero que quiso dejar de ser romántico sin poder lograrlo (del todo). Para abrir boca, nos encontramos con *Zona*, probablemente su máxima joya —descontado su fabuloso *Le pont Mirabeau*—, el poema que resume a la perfección el sentido del libro entero porque en él se dan condensados los rasgos de su mejor arte: el cosmopolitismo más comemundos de ese viajero que atraviesa obnubilado Europa, con esas capitales que deslumbran como ágatas iluminadas por el sol, junto con esas ráfagas de intensa poesía lírica, literalmente arrancada a la inspiración simbolista, y ese sentimiento de dolor vinculado a calle real de urbe moderna, también sacado de Baudelaire. Además, el ya célebre simultaneísmo, la ausencia de puntuación, el verso libre, los caligramas... Solo le faltan, para completar el cuadro, los aromas enloquecidos de las trincheras que aparecen insólitamente disueltos en otros poemas y, también, los más ácidos senderos del amor imposible, que también surcan otros tantos.

En cuanto a *El poeta asesinado* (excelente traducción también), concurren asimismo en él las grandes direcciones del vanguardismo, en las que el absurdo juega un papel primordial y también una especie de humor disparatado pero, en el fondo, trágico. El final del relato es lo mejor de él, sin duda, en el que se ofrece el fabuloso espectáculo de la muerte de los poetas, decretada por un radical erudito australiano (mucho más radical que Platón), además de la intervención de Picasso, íntimo de Apollinaire, dispuesto a esculpir de la nada una escultura conmemorativa del poeta protagonista, ese triste y desgraciado Croniamantal que persigue el amor y fracasa siempre en su empeño, exacto trasunto de la peripecia vital de Apollinaire, siempre un cronista amargo y humorista de su propia existencia. •

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern'l: 00.8.934.8984
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW